

Mancha como escenario, esa Mancha amplia de la que hablaban los estudiosos anteriores a la creación de la comunidad autónoma, cuando se preguntaban por la extensión de la misma, diciendo que integraba el Campo de Montiel, el Campo de Calatrava y a “La Mancha propiamente dicha”, es decir, la gran llanura manchega, como tercera unidad homogénea. Al hablar de La Mancha tenemos que hacer referencia a “la trilogía sagrada: pan, vino y aceite” de la que habla Dionisio Cañas en su obra *La Mancha en el Corazón* (2020), pues Arce centra sus primeros años rurales en el trillar, el vendimiar y el varear, o lo que es lo mismo, los tres mundos manchegos: el del vino, con relatos como *El misterio del vino* y *Vendimiadores*; el mundo del aceite, con los aceituneros en *La apuesta*; y el mundo del cereal con *La siega*, *Ajuste de cuentas* y *La tortilla*. Pero si la vida y el paisaje es aire y agua, no podemos olvidar la presencia del río y la captura de cangrejos en un texto titulado *Santos el Cangrejero* con el que se abre el libro, cargado de picaresca y ganas de seguir leyendo, sin olvidar otras referencias a la recogida de hierbas secas o “amapolas”. Llamen la atención aspectos de carácter social como la presencia de la guardia civil velando por las propiedades de los ricos, o en *La escalera*, cuando al referirse a la dueña o señora señala que “Era seria y seca con los criados y agradable con los iguales”. A la picaresca se unen las bromas, de buen o mal gusto, referidas a un guardia civil bañándose desnudo en el río, al viaje a Madrid con traje de romano, a la primera salida de un campesino al mar; así como otras temáticas, como el amor mezclado con vino manchego, las lecciones de honradez, la venganza, etc. Lo más

interesante de estos textos, con sabor tradicional, es el uso de palabras curiosas y dichos populares. La gran verdad del autor es su conocimiento del mundo rural que retrata.

La segunda parte, *Vuelos*, está integrada, también, por 13 narraciones donde palpita o vuela su conciencia social y urbana. Nos habla de la inmigración en *La morna*, de la llegada de pateras y de la colaboración de la Cruz Roja en *Siempre hay esperanza*, así como de la explotación del hombre, entre otros grandes temas del mundo actual. En su prosa deja fluir su poesía como así lo demuestra en afirmaciones como: “la tarde iba perdiendo su nombre... en el cielo había una espléndida luna llena que inducía a la reflexión” que encontramos en *De un modo salvaje*; o bien en *La mujer del cuadro* “todos tenemos alambradas de miedo a nuestro alrededor que tenemos que ir cortando”.

Una vez que hemos hecho, como él afirma “pasear sus ojos sobre sus páginas”, podemos concluir que Arce se mueve en una doble dualidad, la primera trata de su pasado-rural y su presente-urbano; y la segunda es su caminar entre la poesía y la narrativa, que él sabrá dónde mejor se encuentra. Lo que sí está claro es que la lectura del libro de Eugenio Arce es un recorrido por el alma, con voz propia y poesía en los renglones.

Félix Pillet